

Los generales narcisos

David Brooks

TODO IBA TAN bien en el país más poderoso del mundo. Mientras se giraban órdenes a soldados para atacar, controlar, conquistar terreno y mantener bajo control los campos de guerra en Iraq, Afganistán y otros puntos del mundo, y con ello resguardar la seguridad nacional de Estados Unidos, en Tampa sus generales de cuatro estrellas bebían champaña, fumaban puros y coqueteaban con sus admiradoras en fiestas de lujo.

La telenovela que se estrenó recientemente ha gozado de un público mundial y ha revelado mucho sobre la potencia militar suprema del país indispensable. Es un regalo de los dioses para los cómicos, y una distracción deliciosa para el público que, como en cualquier sociedad en la historia, goza inmensamente la larga y estrepitosa caída de los que se ponen en la cima del Olimpo.

Entre las mejores reacciones al escándalo sexual de cuatro estrellas hubo una que sugirió —después de años de oposición a que los gays participaran abiertamente en las fuerzas armadas con el argumento de que podrían desmoralizar a las tropas y generar conflictos y tensiones sexuales— que tal vez es otro el problema: “Tenemos que hacer algo sobre los heterosexuales en las filas militares. Nos tenemos que deshacer de ellos... Probablemente fue un error haberles permitido ingresar. Los ejércitos tradicionales siempre fueron gays”, reportó el corresponsal de defensa John Oliver en el nacionalmente influyente noticiero ficticio *The Daily Show*, con Jon Stewart.

Por ahora, todos saben que David Petraeus, uno de los generales más condecorados de su generación, al que se le atribuye la conquista militar final de Iraq, el manejo de lo que se dice es la fase final de la guerra más larga en la historia del país, en Afganistán, y quien hasta hace unos días estaba encargado del frente clandestino y de inteligencia de la gran guerra mundial contra el terror como director de la CIA, y uno de los más ambiciosos, que sentía especial deleite en promover su figura pública, cayó ante los encantos de Paula Broadwell, su biógrafa.

¿Cómo fue que un hombre que exigía sobre todo disciplina a sus subordinados, bajo la advertencia de que alguien siempre está observando, cayó ante los hechizos de Broadwell?, se preguntan todos.

Y una vez que lo hizo ¿cómo es que uno de los máximos jefes de espionaje no logró mantener sus secretos? Bueno, resulta que la pareja ilícita intentó ocultar su comunicación con algo que aprendió de Al Qaeda (también utilizado por adolescentes): a través de una cuenta conjunta de Gmail donde solo escribían borradores que nunca se enviaban y así cada quien, al entrar a la cuenta compartida, podía ver lo que había escrito el otro, reportó el *Washington Post*.

Fue asombroso ver cómo la telenovela/tragedia griega evolucionaba. Hasta la fecha, y antes de que empiecen los nuevos episodios esta semana (el padre de Broadwell acaba de comentar a *Newsweek* que hay mucho más que va a salir), sabemos que una tal Jill Kelley —quien con su marido era anfitriona de fiestas de lujo en su gran casa para altos oficiales militares de la base militar McDill en Tampa, sede del Comando Central desde donde se manejaban las guerras en Iraq y Afganistán, y justo donde conoció a



Petraeus y su sucesor, el también general de cuatro estrellas John Allen— se quejó con un amigo y agente del FBI de que estaba siendo hostigada con correos electrónicos anónimos que atacaban su relación con Petraeus. El FBI descubre que la autora de los correos fue Broadwell, pero peor, en el transcurso de la investigación sus agentes se topan con evidencia de que Broadwell y Petraeus sostuvieron una relación sexual, algo que podría tener graves implicaciones tanto políticas como para la seguridad nacional. Después de meses de investigación se informa a la Casa Blanca sobre el asunto el día de las elecciones. El general sabe que hasta aquí llegó su carrera y acepta renunciar como director de la CIA tres días después.

¡Pero ahí no acaba la cosa! El FBI también descubre que Kelley, por la investigación que ella misma detonó, ha sostenido un coqueteo sexual vía correo electrónico (más de 20 mil páginas de intercambio epistolar) con el general Allen, quien recientemente había sido postulado para ser el próximo comandante militar de Estados Unidos en Europa. En tanto, el reconocido agente del FBI que inició la investigación para su amiga se vuelve objeto de otra investigación al descubrirse que él había enviado imágenes inapropiadas a Kelley en las que aparecía sin camisa.

Por otro lado, los medios descubren que el matrimonio Kelley enfrenta demandas legales por deudas multimillonarias, o sea, que tal vez no son lo que aparentaban. Pero ellos siguen pensando que son importantes: hace un par de días Kelley llamó a la policía para pedir protección ante la invasión de reporteros, invocando su inmunidad diplomática, ya que hace tres meses fue designada cónsul honoraria por la embajada de Corea del Sur en Washington, lo cual no otorga ningún privilegio diplomático.

Y en la investigación el FBI descubre que la ahora ex amante de Petraeus tenía información oficial confidencial en su computadora, todo lo cual entregó a la agencia, pero eso podría provocar una investigación criminal en su contra.

A todo esto, el secretario de Defensa Leon Panetta anunció una amplia revisión de las normas de conducta por altos oficiales militares.

Y en su primera conferencia de prensa después de su reelección, las primeras preguntas para el comandante en jefe Barack Obama no son sobre sus propuestas políticas ni los grandes temas que están en la agenda, sino sobre las aventuras sexuales de sus generales.

El cómico satírico Stephen Colbert acaba de escribir un nuevo libro que se titula **América otra vez: reconvirtiéndonos en la grandeza que nunca fuimos**. Eso más o menos resume todo esto, por ahora. Mientras tanto, siguen muriendo jóvenes estadounidenses y civiles en las guerras guiadas por generales enamorados de sus biografías. (Tomado de *La Jornada*)

EE.UU. aplica viejos y frustrados métodos de subversión contra Bolivia

Patricio Montesinos

EN LA MEDIDA en que se acercan las elecciones generales en Bolivia, previstas para el 2014, Estados Unidos acelera la puesta en marcha de viejos y frustrados métodos de subversión, muy bien conocidos en varios países de Latinoamérica, y que han sido experimentados contra Cuba desde los primeros años de su Revolución, en la década del sesenta del pasado siglo.

Realmente, Washington ha demostrado que carece de iniciativas en su actuar beligerante contra los procesos revolucionarios, lo cual se descubre fácilmente si se indaga solo un poco en la historia de sus andanzas perversas e ilegales para conseguir derrocar gobiernos en América Latina, a los que considera “adversarios”.

Entre las principales medidas incluidas en los planes de subversión de los regímenes norteamericanos y sus servicios secretos, como la Agencia Central de Inteligencia (CIA), sobresalen denigrar continuamente acerca de los máximos líderes de los procesos revolucionarios, crear falsas contradicciones entre sus principales dirigentes, alentar y exacerbar conflictos locales y con naciones vecinas, y fabricar “opositores”, financiados sin escrúpulo alguno por el Pentágono.

Bolivia es hoy blanco de ese caduco y chapucero accionar de Estados Unidos motivado porque el presidente Evo Morales es un “enemigo” a destronar en esta región, debido al proceso de cambio que protagoniza en su país a favor de los más desposeídos, además de por sus diáfanos posturas antimperialistas e integracionistas.

Una campaña mediática contra Evo vinculada a su supuesto patrimonio personal se ha intensificado en las últimas semanas con la complicidad de “portavoces” conservadores sin prestigio alguno, y medios de prensa en poder de la débil y desacreditada derecha tradicional boliviana.

Paralelamente, se pretende desde el exterior e internamente hacer ver, sin fundamento alguno, que existen “profundas divergencias” entre el Presidente de Bolivia, y su vicepresidente Alvaro García Linera, utilizando para ello elementos racistas y de carácter étnico, dado el hecho concreto de que el mandatario es indígena, y su segundo de raza blanca.

Se ha llegado incluso a publicar, por un medio desconocido de un país sudamericano, que Linera estuvo implicado en un supuesto atentado contra Evo, lo que constituye un verdadero embuste, ideado evidentemente para lograr el añejado precepto imperial de “divide y vencerás”.

Vale recordar que Washington aplicó, y aún las pone en práctica, idénticas campañas contra Cuba para hacer creer que entre el líder de la Revolución, Fidel Castro, y el actual Presidente Raúl Castro existen contradicciones de fondo.

Similar hace contra la isla caribeña, y lo materializa actualmente en Bolivia y otras naciones latinoamericanas como Venezuela, Ecuador y Nicaragua, la fabricación de “opositores pacíficos”, personajillos que no paran de repetir como papagayos falacias, y criticar sin argumentos cualquier determinación de los ejecutivos progresistas de la región, por bien pagadas instrucciones de Washington.

Las autoridades y el pueblo bolivianos deben estar preparados para esas embestidas de Washington, muy bien coordinadas con los sectores derechistas nacionales, las cuales se intensificarán sin duda alguna en lo adelante de cara a los comicios del 2014.

Incluso es de esperar que las campañas contra Evo incluyan rumores sobre su estado de salud, como lo han hecho en repetidas ocasiones con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, y otras tantas incontables, con Fidel Castro.

Los métodos y el objetivo final de la Casa Blanca y sus servicios especiales son bien sabidos, pero no por ello pueden ser menospreciados, aunque es cierto también que en los últimos años han fracasado por los vientos revolucionarios y de unidad que soplan con fuerza en Latinoamérica.